

Puntos de Vista

NOAM CHOMSKY / FILÓSOFO Y LINGÜISTA

“La censura es un sello de la cultura política estadounidense: hay que proteger al ‘rebaño desconcertado’”

C. J. Polychroniou (Truthout)

CTXT 10/05/2022



Desde la Primera Guerra Mundial, la propaganda ha desempeñado un papel crucial en la guerra. Se utiliza para aumentar el apoyo al conflicto entre los ciudadanos de la nación que libra la guerra. Los gobiernos nacionales también recurren a campañas de propaganda específicas en un intento de influir en la opinión pública y en el comportamiento de los países con los que están en guerra, así como para influir en la opinión internacional.

Esencialmente, la propaganda, difundida a través de medios de comunicación controlados por el Estado o privados, tiene que ver con técnicas de manipulación de la opinión pública basadas en información incompleta o errónea, en mentiras y engaños. Durante la Segunda Guerra Mundial, tanto los nazis como los aliados invirtieron mucho en operaciones de propaganda como parte del esfuerzo general de cada bando por ganar la guerra.

La guerra en Ucrania no es diferente. Tanto los dirigentes rusos como los ucranianos han emprendido una campaña de difusión sistemática de información bélica que puede calificarse fácilmente de propaganda. Otras partes con intereses en el conflicto, como los Estados Unidos y China, también participan en operaciones de propaganda, que funcionan a la par que su aparente falta de interés en los esfuerzos diplomáticos para poner fin a la guerra.

En la siguiente entrevista, realizada por su fiel colaborador, C. J. Polychroniou, Noam Chomsky, destacada personalidad académica y disidente, que elaboró, junto a Edward Herman, el concepto de “[modelo de propaganda](#)”, analiza la cuestión de quién va ganando la guerra de propaganda en Ucrania. Además, discute de qué modo las redes sociales configuran la realidad política hoy en día, analiza si el “modelo de propaganda” todavía funciona, y disecciona el papel del uso del *whataboutism* [la falacia del “*tu quoque*” o “y tú más”]. Por último, comparte su opinión sobre el caso de Julian Assange y lo que revela sobre los principios democráticos norteamericanos su ya casi segura extradición a los Estados Unidos, por haber cometido el “delito” de divulgar información pública sobre las guerras de Afganistán e Irak.

La propaganda en tiempos de guerra se ha convertido en el mundo moderno en un arma poderosa para ganarse el apoyo de la opinión pública a la guerra y proporcionar una justificación moral para la misma, destacando por lo general la “malvada” naturaleza del enemigo. También se utiliza para acabar con la voluntad de lucha de las fuerzas enemigas. En el caso de la invasión rusa de Ucrania, parece que la propaganda del Kremlin está funcionando hasta ahora dentro de Rusia y que domina las redes sociales chinas, pero da la impresión de que Ucrania va ganando la guerra de la información en el ámbito mundial, especialmente en Occidente. ¿Está usted de acuerdo con esta valoración? ¿Hay alguna mentira o mito bélico importante en torno al conflicto entre Rusia y Ucrania que valga la pena señalar?

La propaganda en tiempos de guerra lleva constituyendo un arma poderosa desde hace mucho tiempo, sospecho que desde lo que podemos rastrear en los anales de la historia. Y a menudo es un arma con efectos a largo plazo, que merecen atención y reflexión.

Sólo por ceñirnos a tiempos modernos, el acorazado norteamericano *Maine* se hundió en el puerto de La Habana en 1898, probablemente a causa de una explosión interna. La prensa de Hearst consiguió despertar una ola de histeria popular sobre la maligna naturaleza de España. Con ello se proporcionó el trasfondo necesario para una invasión de Cuba que aquí denominamos “liberación de Cuba”. O, como debería llamarse, la prevención de la liberación por sí misma de Cuba respecto a España, lo cual convirtió a Cuba virtualmente en una colonia norteamericana. Así permaneció hasta 1959, cuando Cuba se vio efectivamente liberada, y los Estados Unidos, casi de inmediato, emprendieron una despiadada campaña de terror y sanciones para acabar con el “exitoso desafío” de Cuba a la política de 150 años de los Estados Unidos consistente en dominar el hemisferio, como explicó el departamento de Estado hace 50 años.

La creación de mitos bélicos puede tener consecuencias a largo plazo.

Unos años después, en 1916, fue elegido presidente Woodrow Wilson con el lema “Paz sin Victoria”, que rápidamente se transmutó en Victoria sin Paz. Una avalancha de mitos bélicos convirtió rápidamente a una población pacifista en una población consumida por el odio a todo lo alemán, que apoyó la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. Al principio, la propaganda provenía del ministerio de Información británico; ya sabemos lo que eso significa. Los intelectuales norteamericanos del círculo liberal de Dewey la absorbieron con entusiasmo, declarándose líderes de la campaña de liberación del mundo. Por primera vez en la historia, explicaron con sobriedad, no nos llevaban a la guerra las élites militares o políticas, sino los intelectuales reflexivos –ellos– que habían estudiado cuidadosamente la situación y, tras una cuidadosa deliberación, determinaron racionalmente el rumbo de acción correcto: entrar en la guerra para llevar la libertad y el bienestar al mundo, y acabar con las atrocidades de los “hunos” inventadas por el ministerio de Información británico.

Una de las consecuencias de las muy efectivas campañas de odio a Alemania fue la imposición de una paz de los vencedores, que reservó un duro trato a la Alemania derrotada. Hubo quienes se opusieron firmemente, sobre todo John Maynard Keynes. Se les ignoró. Gracias a eso tuvimos a Hitler.

En una [entrevista anterior](#) hablábamos de cómo el embajador Chas Freeman comparó el acuerdo de posguerra de odio de Alemania con un triunfo del arte de gobernar (no con gente agradable): el Congreso de Viena de 1815. El Congreso trató de establecer un orden europeo después de que se hubiera superado el intento de Napoleón de conquistar Europa. Con buen criterio, el Congreso incorporó a la Francia derrotada. Y esto condujo a un siglo de relativa paz en Europa.

Se pueden sacar algunas lecciones.

Para no verse rebasado por los británicos, el presidente Wilson creó su propia agencia de propaganda, el Comité de Información Pública (la Comisión Creel), que desempeñó sus propios servicios.

Estos ejercicios también tuvieron efecto a largo plazo. Entre los miembros de la Comisión se encontraban Walter Lippmann, que llegó a ser el principal intelectual público del siglo XX, y Edward Bernays, que se convirtió en uno de los fundadores de la moderna industria de las relaciones públicas, de la principal agencia de propaganda del mundo, dedicada a socavar los mercados creando consumidores desinformados que toman decisiones irracionales, lo contrario de lo que se aprende sobre los mercados en primero de Economía. Al estimular el consumismo desenfrenado, la industria también está llevando al mundo al desastre, pero eso es otra cuestión.

Tanto Lippmann como Bernays atribuyeron a la Comisión Creel la demostración del poder de la propaganda en la “fabricación de consentimiento” (Lippmann) y la “ingeniería del consentimiento” (Bernays). Este “nuevo arte en la práctica de la democracia”, explicaba Lippmann, podía utilizarse para mantener a aquellas “personas ajenas ignorantes y entrometidos forasteros” –el público en general– pasivos y obedientes mientras los autodenominados “hombres responsables” se ocupaban de los asuntos importantes, libres del “atropello y el clamor de un rebaño desconcertado”. Bernays expresó opiniones similares. No estaban solos.

Sobre todo en las sociedades más libres, en las que los medios de violencia estatal se han visto limitados por el activismo popular, resulta de gran importancia idear métodos para fabricar consentimiento

Lippmann y Bernays eran liberales de Wilson-Roosevelt-Kennedy. La concepción de la democracia que elaboraron coincidía con las concepciones liberales dominantes, entonces y ahora.

Las ideas se extienden ampliamente a las sociedades más libres, en las que “las ideas impopulares pueden suprimirse sin el uso de la fuerza”, tal y como expuso el asunto George Orwell en su introducción (no publicada) a *Rebelión en la granja* sobre la “censura literaria” en Inglaterra.

Y así continúa. Sobre todo en las sociedades más libres, en las que los medios de violencia estatal se han visto limitados por el activismo popular, resulta de gran importancia idear métodos para fabricar consentimiento, y asegurarse de que se interiorizan, volviéndose tan invisibles como el aire que respiramos, especialmente en círculos instruidos y elocuentes. La imposición de mitos bélicos es una característica habitual de estos empeños.

A menudo funciona, de forma bastante espectacular. En la Rusia de hoy, según las crónicas, una gran mayoría acepta la doctrina de que, en Ucrania, Rusia se está defendiendo de un ataque nazi que recuerda a la Segunda Guerra Mundial, cuando Ucrania estaba, de hecho, colaborando en la agresión que estuvo a punto de destruir a Rusia al tiempo que se cobraba un precio horrible.

La propaganda es tan disparatada como los mitos de la guerra en general, pero al igual que otras, se basa en retazos de verdad y, al parecer, ha sido eficaz a nivel nacional para fabricar consentimiento.

No podemos estar realmente seguros debido a la rígida censura ahora en vigor, un sello de la cultura política estadounidense desde hace mucho tiempo: hay que proteger al “rebaño desconcertado” de las “ideas equivocadas”. En consecuencia, hay que “proteger” a los norteamericanos de una propaganda que, según se nos dice, es tan ridícula que sólo aquellos que tienen el cerebro completamente lavado podrían evitar reírse.

De acuerdo con este punto de vista, para castigar a Vladimir Putin todo el material proveniente de Rusia debe ser rigurosamente prohibido a los oídos estadounidenses. Eso incluye el trabajo de destacados periodistas y comentaristas políticos estadounidenses, como Chris Hedges, cuyo largo historial de valiente periodismo incluye su servicio como jefe de la oficina de Oriente Medio y los Balcanes del *New York Times*, y sus astutos y perspicaces comentarios desde entonces. Hay que proteger a los norteamericanos de su maligna influencia, porque sus crónicas aparecen en *RT*. Ahora han sido eliminadas. Los estadounidenses se han “salvado” de leerlas.

Chúpese esa, señor Putin.

Como sería de esperar en una sociedad libre, es posible, con cierto esfuerzo, aprender algo sobre la postura oficial de Rusia en relación a la guerra, o, tal como la denomina Rusia, la “operación militar especial”. Gracias, por ejemplo, a la India, donde el ministro de Asuntos Exteriores, Sergey Lavrov, mantuvo una [larga entrevista](#) con la televisión *India Today* el 19 de abril.

Constantemente somos testigos de los instructivos efectos de este rígido adoctrinamiento. Uno de ellos es que es de rigor referirse a la agresión criminal de Putin contra Ucrania como su “invasión no provocada de Ucrania”. La búsqueda de esta frase en Google arroja unos 2.430.000 resultados (en 0,42 segundos).

Por curiosidad, podríamos buscar “invasión no provocada de Irak”. La búsqueda arroja unos 11.700 resultados (en 0,35 segundos), aparentemente de fuentes contrarias a la guerra, según sugiere una breve búsqueda.

El ejemplo es interesante no sólo en sí mismo, sino por su fuerte inversión de los hechos. La guerra de Irak no fue provocada en absoluto: Dick Cheney y Donald Rumsfeld tuvieron que esforzarse mucho, incluso recurrir a la tortura, para tratar de encontrar alguna partícula de evidencia que vinculara a Saddam Hussein con Al Qaeda. La famosa desaparición de las armas de destrucción masiva no habría sido una provocación para la agresión, aunque hubiera habido alguna razón para creer que existían.

Por el contrario, la invasión rusa de Ucrania fue definitivamente provocada, aunque en el actual clima es necesario añadir el tópico de que la provocación no proporciona justificación alguna para la invasión.

Una serie de diplomáticos y analistas políticos norteamericanos de alto nivel llevan 30 años advirtiendo a Washington de que era imprudente e innecesariamente provocador ignorar las preocupaciones de seguridad de Rusia, en particular sus líneas rojas: la no adhesión a la OTAN de Georgia y Ucrania, en el corazón geoestratégico de Rusia.

Con plena comprensión de lo que llevaba haciendo desde 2014, la OTAN (lo que quiere decir, básicamente, los Estados Unidos), ha “proporcionado un apoyo significativo [a Ucrania] con equipos, con entrenamiento, se han entrenado decenas de miles de soldados ucranianos, y luego, cuando vimos los datos de inteligencia que indicaban una muy probable invasión, los aliados se apuraron el pasado otoño y este invierno”, antes de la invasión, [de acuerdo con el secretario general de la OTAN, Jens Stoltenberg](#).

El compromiso de los Estados Unidos de integrar a Ucrania en el mando de la OTAN también se intensificó en otoño de 2021 con las declaraciones políticas oficiales que ya hemos comentado, ocultadas al rebaño desconcertado por la “prensa libre”, pero seguramente leídas con atención por la inteligencia rusa. No hubo que informar a la inteligencia rusa de que “antes de la invasión rusa de Ucrania, Estados Unidos no hizo ningún esfuerzo por abordar una de las principales preocupaciones de seguridad formuladas más a menudo por Vladimir Putin: la posibilidad de que Ucrania se incorporase a la OTAN”, tal como reconoció el departamento de Estado, algo que se difundió poco por aquí.

Sin entrar en más detalles, la invasión de Ucrania por parte de Putin fue claramente provocada, mientras que la invasión de Irak por parte de Estados Unidos fue claramente no provocada. Eso es exactamente lo contrario de lo que dicen los comentarios e informaciones habituales. Pero también es exactamente la norma de la propaganda bélica, no sólo en Estados Unidos, aunque resulta más instructivo observar el proceso en las sociedades libres.

La invasión de Ucrania por parte de Putin fue claramente provocada, mientras que la invasión de Irak por parte de Estados Unidos fue claramente no provocada

Muchos consideran que es un error sacar a relucir estos asuntos, incluso una forma de propaganda favorable a Putin: deberíamos, más bien, centrarnos como un láser en los continuos crímenes de Rusia. Contrariamente a lo que creen, esa postura no ayuda a los ucranianos. Les perjudica. Si se nos prohíbe, por dictado, aprender sobre nosotros mismos, no podremos desarrollar medidas políticas que beneficien a otros, y entre ellos a los ucranianos. Esto parece algo elemental.

Un análisis más profundo arroja muchos otros ejemplos instructivos. [Debatimos](#) las alabanzas del profesor de Derecho de Harvard, Lawrence Tribe, a la decisión del presidente George W. Bush en 2003 de “ayudar al pueblo iraquí” confiscando “los fondos iraquíes depositados en los bancos estadounidenses”, y, de paso, invadiendo y destruyendo el país, algo demasiado poco importante como para mencionarlo. Dicho con mayor detalle, se incautaron los fondos “para ayudar al pueblo iraquí y compensar a las víctimas del terrorismo”, algo de lo cual el pueblo iraquí no tenía ninguna responsabilidad.

Nos seguimos preguntando cómo se iba a ayudar al pueblo iraquí. Es razonable suponer que no se trata de una compensación por el “genocidio” de los Estados Unidos en Irak antes de la invasión.

“Genocidio” no es término mío. Es, antes bien, el término utilizado por los distinguidos diplomáticos internacionales que administraron el “Programa petróleo por alimentos”, el lado blando de las sanciones del presidente Bill Clinton (técnicamente, a través de la ONU). El primero, Denis Halliday, dimitió en protesta porque consideraba “genocidas” las sanciones. Le sustituyó Hans von Sponeck, que no sólo dimitió en protesta con la misma acusación, sino que también escribió un libro muy importante en el que ofrece amplios detalles de las espeluznantes torturas causadas a los iraquíes por las sanciones de Clinton, *A Different Kind of War*.

Los estadounidenses no se encuentran totalmente protegidos de estas desagradables revelaciones. Aunque el libro de von Sponeck nunca fue objeto de reseñas, hasta donde puedo determinar, lo puede comprar en Amazon (por 95 dólares) cualquiera que haya oído hablar de él. Y la pequeña editorial que publicó la edición en inglés pudo incluso reunir dos notas editoriales: la de John Pilger y la mía, convenientemente alejadas de la corriente dominante.

Hay, por supuesto, una avalancha de comentarios sobre el “genocidio”. De acuerdo con los criterios que se emplean, los Estados Unidos y sus aliados son culpables de esa acusación una y otra vez, pero la censura voluntaria impide que se reconozca esto, del mismo modo que protege a los norteamericanos de las encuestas internacionales de Gallup que muestran que a los Estados Unidos se les considera, con diferencia, la mayor amenaza para la paz mundial, o que la opinión pública mundial se opuso de forma abrumadora a la invasión de Afganistán por parte de Estados Unidos (también “no provocada”, si prestamos atención), y otras informaciones imprecisas.

No creo que haya “mentiras significativas” en los reportajes de guerra. Los medios de comunicación norteamericanos están haciendo en general un trabajo muy meritorio a la hora de informar sobre los crímenes rusos en Ucrania. Esto tiene su valor, igual que lo tiene que se estén llevando a cabo investigaciones internacionales para preparar posibles juicios por crímenes de guerra.

Ese patrón también es normal. Somos muy escrupulosos a la hora de desvelar detalles sobre los crímenes de los demás. Sin duda, a veces hay invenciones, que en ocasiones llegan al nivel de la comedia, asuntos que el difunto Edward Herman y yo documentamos

con gran detalle. Pero cuando los crímenes del enemigo se pueden observar directamente, sobre el terreno, los periodistas suelen hacer un buen trabajo informando y exponiéndolos. Y se profundiza en ellos a través de estudios e investigaciones exhaustivas.

Como ya hemos comentado, en las muy raras ocasiones en que los crímenes norteamericanos son tan flagrantes que no se pueden desestimar o ignorar, también se puede informar de ellos, pero de tal manera que se ocultan crímenes mucho más importantes de los que son una pequeña nota a pie de página. La matanza de My Lai [en Vietnam], por ejemplo.

En cuanto a que Ucrania vaya ganando la guerra de la información, la aclaración “en Occidente” es precisa. Estados Unidos ha sido siempre entusiasta y riguroso a la hora de denunciar los crímenes de sus enemigos, y en el caso actual, Europa le sigue la corriente. Pero fuera de los Estados Unidos-Europa, el panorama es más ambiguo. En el Sur Global, donde vive la mayor parte de la población mundial, se denuncia la invasión, pero no se adopta acríticamente el marco propagandístico estadounidense, hecho que ha provocado una considerable perplejidad en este país sobre por qué están tan “alejados de la realidad”.

Eso también resulta muy normal. Las víctimas tradicionales de violencia y represión brutal suelen ver el mundo de forma bastante diferente a la de quienes están acostumbrados a llevar el látigo.

Hasta en Australia se produce cierta insubordinación. En la revista de asuntos internacionales *Arena*, el director, Simon Cooper, analiza y deplora la rígida censura, así como la intolerancia frente a la más leve disidencia en los medios de comunicación liberales de los Estados Unidos. Concluye, razonablemente, que “esto significa que es casi imposible dentro de la corriente de opinión dominante reconocer simultáneamente las acciones insoportables de Putin y forjar un camino para salir de la guerra que no implique una escalada y una mayor destrucción de Ucrania”.

En el Sur Global, donde vive la mayor parte de la población mundial, se denuncia la invasión, pero no se adopta acríticamente el marco propagandístico estadounidense

Lo que no supone ayuda alguna a los sufridos ucranianos, por supuesto.

Eso tampoco resulta nada nuevo. Ha sido el patrón dominante durante mucho tiempo, y lo fue especialmente durante la Primera Guerra Mundial. Hubo quienes no se conformaron simplemente con la ortodoxia establecida después de que Wilson entrara en la guerra. El principal líder obrero del país, Eugene Debs, fue encarcelado por atreverse a sugerir a los trabajadores que debían pensar por sí mismos. Era tan detestado por la administración liberal de Wilson que fue excluido de la amnistía de posguerra. En los círculos intelectuales liberales de Dewey también hubo algunos desobedientes. El más famoso fue Randolph Bourne. No se le encarceló, pero se le prohibió el acceso a revistas liberales para que no pudiera difundir su mensaje subversivo de que “la guerra es la salud del Estado”.

Debo mencionar que unos años más tarde, para mérito suyo, el propio Dewey cambió radicalmente su postura.

Es comprensible que los liberales se sientan especialmente entusiasmados cuando se presenta la oportunidad de condenar los crímenes del enemigo. Por una vez, están del lado del poder. Los crímenes son reales, y pueden así marchar en el desfile que los condena con razón y que se les alabe por su conformidad (bastante adecuada). Eso resulta muy tentador para quienes a veces, aunque sea tímidamente, condenan los crímenes de los que somos corresponsables y, por lo tanto, se ven castigados por su adhesión a principios morales elementales.

¿La difusión de las redes sociales ha hecho más o menos difícil hacerse una idea exacta de la realidad política?

Resulta difícil decirlo. Para mí resulta especialmente difícil decirlo, porque evito las redes sociales y sólo tengo una información limitada. Mi impresión es que se trata de una historia mixta.

Las redes sociales ofrecen la oportunidad de escuchar toda una serie de perspectivas y análisis, y de encontrar información que a menudo no está disponible en la corriente dominante. Por otro lado, no está claro hasta qué punto se aprovechan estas oportunidades. Muchos comentarios –confirmados por mi propia y limitada experiencia– sostienen que los usuarios tienden a gravitar en burbujas que se refuerzan a sí mismas, y, lo que es peor, escuchan poco de lo que hay más allá de sus propias creencias y actitudes, afianzándolas más firmemente y de maneras más intensas y extremas.

Aparte de eso, las fuentes básicas de noticias siguen siendo más o menos las mismas: la prensa convencional, que tiene reporteros y oficinas sobre el terreno. Internet ofrece la

posibilidad de consultar un abanico mucho más amplio de medios de comunicación, pero mi impresión, una vez más, es que se aprovechan poco esas posibilidades.

Una consecuencia nefasta de la rápida proliferación de las redes sociales es el fuerte declive de los medios de comunicación convencionales. No hace tanto tiempo, había muchos medios locales de calidad en Estados Unidos. La mayoría han desaparecido. Ahora pocos tienen siquiera oficinas en Washington, y mucho menos en otros lugares, como tenían no hace tanto. Durante las guerras de Ronald Reagan en Centroamérica, que alcanzaron extremos de sadismo, algunos de los mejores reportajes los realizaron periodistas del *Boston Globe*, algunos de ellos amigos personales míos. Todo eso prácticamente ha desaparecido.

La razón fundamental estriba en la dependencia de los anunciantes, una de las maldiciones del sistema capitalista. Los padres fundadores [de los EE.UU.] tenían una visión diferente. Estaban a favor de una prensa verdaderamente independiente y la fomentaron. El departamento de Correos se creó en gran medida con este propósito, dando acceso barato a una prensa independiente.

En consonancia con el hecho de que se trata de una sociedad especialmente dirigida por empresas, los Estados Unidos también son inusuales en el sentido de que carecen prácticamente de medios de comunicación públicos: nada como la *BBC*, por ejemplo. Los esfuerzos por desarrollar medios de comunicación como servicio público –primero en la radio y luego en la televisión– fueron rechazados por una intensa presión empresarial.

Hay un excelente trabajo académico sobre este tema, que se extiende también a iniciativas activistas serias para superar estas graves infracciones de la democracia, sobre todo por parte de Robert McChesney y Victor Pickard.

Fuente:

<https://ctxt.es/es/20220501/Politica/39602/C-J-Polychroniou-Noam-Chomsky-propaganda-desinformacion-guerra-Ucrania-Rusia-EEUU.htm>